

Un libro para encender la memoria

Existe gente que posee del don de recordar ante el espejo de la historia un trozo vivo de ésta. Cuando menos esperan, los culpables se ven enfrentados al juicio inapelable de la verdad. ¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973? son 17 testimonios con residencia natural en la tierra.

Los cronistas, como en una "conversación" en torno a los trágicos sucesos determinados por el golpe, levantan una especie de inventario de esos sangrientos hechos en que "dejanos de ser lo que éramos, ojala ser más precisos, dejarnos de ser lo que creíamos ser...", en fin, el momento violento que la historia oficial pretende esconder, fingir ignorar, por cierto, le averiguamos reconocer... chilenos en contra de chilenos" (Alfredo Jocelyn-Holt).

Pero no se trata de panfletos, sino de buenas crónicas que muestran el terror, la desgracia, depresiones, abatimiento que respondan a un tiempo y a un espacio; así como a personas a quienes la época les impuso un particular y horrible destino. La periodista Carmen Puelma se habría textualmente "Unos deben colaborar con ellos -las FF.AA.- no realizando ninguna actividad desusada. Vuelvan a sus casas. Yo me voy a las personas que están cerca de una cosa del pan que, sin causar mayor alarma, recomendar a las otras personas que vuelvan a sus casas. Es un día en que no importa no comer pan" (Clemente Marié).

En las páginas 176 y 177: "...en pleno toque de queda, dos monjas que vivían en una gran construcción contigua llamaron a nuestro timbre con urgencia. Cuando les abrimos, nos expresaron su repentina inquietud: habían acumulado algunos cientos de kilos de harina para que no les faltase pan y pasta a las pupilas que vivían con ellas. Pero ahora, con el golpe, les habían dicho que los militares iban a registrar casa por casa, todo Santiago, para castigar a los acumuladores" (Rafael Otazo).

"Transcurridas 48 horas después de la primera 'intervención quirúrgica', las nuevas autoridades levantaron el toque de queda hasta las 6 de la tarde. Un nuestra primera salida a la 'libertad', pudimos comprobar que los estantes y vitrinas estaban llenos de mercancías desaparecidas hasta entonces" (Manuel Silva Acevedo).

Encontramos a través de esta lectura testimonios como éste: "Partió ese día para mí (Hernán Soto) con afectos, amistades, planes, compromisos y toda esa trama que conforma la vida cotidiana, y terminó conmigo al borde del precipicio, sin saber si sobreviviría, mientras resonaban

disparos y las sombras abogaban los rostros de amigos y compañeros en medio de la derrota".

Paride Zerán nos cuenta: "El día decisivo había llegado, sólo que nadie estaba preparado para vivirlo. En el fondo de nuestras almas, solidamos y especulábamos con todo, menos con la posibilidad de que se concretara la tracción".

"Ahora, el asesino te muerde alguna parte del alma y sabes que este descarrilamiento de la historia se había suspendido dentro del tren y que esa fecha iba a traer una frontera obligada en la propia biografía" (R. Otazo).

José Miguel Varas: "Por última vez escuché la voz de Nerada a eso de las siete de la mañana del 11. Masqué su número y atendió de inmediato. Le dije que la Armada había iniciado un golpe militar en Valparaíso. Era lo que se sabía hasta ese momento.

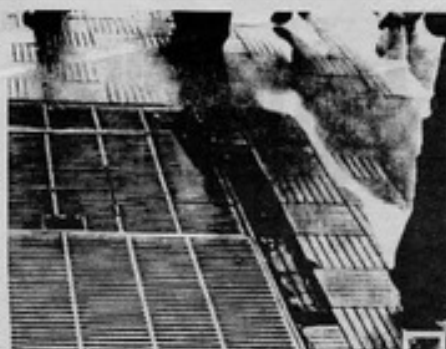
La situación se ve grave -continué-, muy grave. Es difícil que pueda ir hoy a Isla Negra, con Fernando (Alegría). Mejor dicho, no es posible. Tal vez más tarde... Tal vez nunca, me dijo, con voz fatigada. Así fue".

JORNADAS DE TERROR

"Miles de partidarios del régimen después repletan los campos de concentración, buscan asilo en las embajadas o yacen en las calles acurrucados por las balas. Una sacra de apocalipsis se ha desatado sobre Chile, sin la grandiosa del Nuevo Testamento, pero con todo su horror". Y, continúa Oscar Hahn,

en otra parte de su testimonio: "Nos formaron el patio cerrado, y durante cinco horas nos obligan a hacer ejercicios violentísimos y a ponernos en posiciones imposibles, sin darnos respiro en ningún instante. Y cuando muertos de agotamiento, con los músculos apretados, con calambres por todo el cuerpo, caemos al suelo con el corazón a punto de estallar, nos levantan a golpes de botas, nos aplastan contra el muro, nos matan, nos golpean con la culata de las ametralladoras y se burlan de nuestra condición de universitarios. Después de cinco horas infinitas, casi reventados, nos arrojan hasta un camión y nos arrojan en la parte de atrás". Pero la irracionalidad sigue actuando terriblemente: "Al anochecer, uno de los guardias asoma su cara por entre la reja y dice en voz alta: 'Los castigos que levantan la mano'. Casi todos levantamos pensando que vamos a ser puestos en libertad. 'Muy bien', dice el guardia, 'ahora empiecen a reír, porque mañana los vamos a fusilar'".

Carlos Orellana relata posteriormente la pesadilla vivida en la UTE. Dejemos entonces a Orellana, en una sinopsis de su testimonio: "Hubo un momento en que el diálogo se tornó áspero, porque el uniformado lanzó la acusación que desde algunos edificios de la universidad se estaba desgranando contra la tropa. Kirberg replicó que eso era imposible. '...Se imagina que yo voy a permitir una provocación tanica como ésta? ¡Mírenlos! Estaban casi como en una virgina, sería una locura hacer



¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?

una cosa así". Sostuvo además con mucha energía que nadie disponía entre nosotros de un arma. Lo que era rigurosamente cierto.

A partir de ese instante la pesadilla perdió la dimensión de irrealidad que había mantenido hasta entonces. Los acontecimientos del día anterior, aun cuando no se nos escapara la magnitud de la tragedia, tomaron el registro de un episodio insano e incomprensible; ajeno, además, porque el engaño se apoyó en la ilusión de que el drama le está organizado a otros. Nos pasaba lo que a esas personas que han sido heridas -pero que no lo advierten- porque el dolor sólo se percibirá después, cuando uno ya se ha desangrado".

"Y o cierto es que estábamos en guerra (señala Marco Antonio de la

Parra). La muerte llega y siempre te sorprende. Tal vez te aguijoneen los rostros porque puede que a algunos no les viera nunca más. Hay algunos que no vi nunca más. Como que el olvido actúa de antifaz para protegerte de la memoria".

Junto a los nombrados, forman parte de ese colectivo de narradores en *¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?*: Hugo Guzmán, Mauricio Wacquez, Jaime Collier, Patricia Verdugo, Martín Hoppehaya, Carlos Irujo, Manuel Silva Acevedo y Oscar Bustamante, los que pueden seguir contando y escribiendo para preservar un espacio donde la ética, como parte de la autenticidad, se imponga a la memoria organizada.

LITO CARRASCO M.

Un libro para encender la memoria [artículo] Lito Carrasco M.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrasco, Lito

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un libro para encender la memoria [artículo] Lito Carrasco M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa